

La casa

09/12/2010 - Autor: Abdennur Prado

Horas de alientos comunes, latidos y espasmos comunes creando un recinto inexpugnable. Horas pasadas, minutos entre abrazos, perdidos entre gestos banales o vacíos, tendentes a quietarse.

Horas de sentimientos, tal vez de frialdad o de costumbre. Horas de estar parado, de ir tras un abrazo, de cancelar y abandonar la lucha.

Horas de estar, de traspasar el tiempo. Transparentarse en la presencia de otro cuerpo y otro sentimiento.

Horas sin ser son años de reposo. Actos que se repiten, se funden y se miran al espejo. Siempre más lejos en el mundo ajeno, siempre más en el tiempo rompiéndose en sucesos, en alientos y espasmos todavía.

Siempre más siempre, acumulando más y más pasado, más sucedido, más en la intemperie de lo que siempre se repite. En un mundo ajeno, mundo común que reconoce el lazo, continuación de lo lejano haciéndose aliento cotidiano.

Siempre arrojado en brazos de otra aurora, en el aire inmortal de otro trasiego, donde se asfixia y siempre late nuevo sin medio ni remedio, sin redención, sin prisas, sin tragedia, en medio de insensatas seducciones.